

# Lo que enseñan estas siglas

FRANCISCO PRADO ALBERDI



Marcelino Camacho interviniendo en la Asamblea de Barcelona, julio 1976.

Foto: Jordi Soteras

La historia no nos dará soluciones, pero sí puede darnos lecciones. Lecciones que nos pueden ayudar a buscarlas y a aplicarlas. Y cuando una experiencia como la nuestra es tan larga y tan intensa podemos sacar múltiples enseñanzas útiles, tanto de las victorias como de las derrotas. Suele resultar más fácil evitar errores que otros ya cometieron que repetir los aciertos... De esto tratará esta sección, de recordar historias de las que se pueda extraer alguna lección.

Pero ¿de qué historia estamos hablando?, ¿qué período de tiempo abarca esta historia? Porque las Comisiones Obreras no nacieron, no se fundaron cuando en la Asamblea de Barcelona decidimos transformarnos en una organización sindical. Los que en julio de 1976 tomamos esa decisión nunca habíamos querido ser un sindicato.

Conformábamos un "movimiento sociopolítico organizado" que había tenido su origen en las

comisiones de obreros surgidas en España en los años 50 para dar respuesta a problemas concretos en los centros de trabajo, que después se fueron haciendo estables y posteriormente se coordinaron hasta acabar encabezando las luchas obreras en este país.

Pretendíamos que, una vez conquistada la libertad, se estableciera un sindicato unitario de los trabajadores, un sindicato que representara a todos y

donde estuviéramos todos, independientemente de las ideas políticas que cada cual pudiera tener. Luchábamos juntos comunistas, cristianos progresistas, diferentes tendencias socialistas y personas sin ninguna adscripción política. Es obvio que aquel sueño no fue posible y que las Comisiones Obreras acabaron transformándose en lo que hoy es la Confederación Sindical de CCOO.

Pero ahora que se ve a los sindicatos como simples instituciones y no como organizaciones de los trabajadores, conviene recordar que nuestros orígenes están en aquel movimiento capaz de movilizar y organizar a los trabajadores en los duros tiempos de la dictadura y de la clandestinidad. Y de ahí quizá pueda sacarse una primera lección para los tiempos actuales: hay que adaptar y adecuar la organización y las formas de luchar a cada momento histórico. La organización debe ser una herramienta y no un fin en sí mismo. En todo momento hay que ser firmes en los principios, pero flexibles en las formas y los medios para alcanzarlos.

Somos herederos de aquellos viejos sindicalistas que comenzaron a unirse para crear organizaciones de socorro mutuo, para reclamar el derecho de los trabajadores a votar y a estar representados en los parlamentos políticos o a movilizarse para conseguir la jornada de ocho horas. "Ocho horas de trabajo, ocho de reposo y ocho para la recreación", exigían.

Toda esa historia es nuestra historia. Todas esas historias son nuestras historias. Y algo útil podemos aprender de ellas.